

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 27 DE AGOSTO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El camino que aleja de la revolución

[Desde que salió de la Casa Blanca, este artículo es el primero que ha entregado al público el famoso ex-Presidente WILSON].

EN estos días de duda y de ansiedad, cuando todo el mundo se encuentra inquieto y busca qué camino es el que debe de seguir, puesto que todos se le aparecen llenos de sombras que pretenden ocultar peligros de toda especie, no es sino efecto de la prudencia tratar de enterarse del sitio en que nos encontramos y buscar las causas de los males que nos aquejan y los medios que mayores probabilidades presentan de eliminarlos. Debe existir alguna causa real para la agitación y la perturbación universales. No debemos buscarla ni en fenómenos políticos de carácter superficial, ni tampoco en errores de carácter económico. Es probable que se encuentre muy profundamente arraigada en las fuentes mismas de la vida espiritual de nuestra época. Nos empuja hacia las revoluciones, y tal vez tenemos el caso de la revolución rusa como el hecho saliente de su especie en nuestra época, porque nos ofrece grandes enseñanzas para nuestro criterio sobre las actuales situación y circunstancias críticas.

¿Qué fué lo que dió origen a la revolución rusa? La única respuesta que puede darse a esta pregunta es la de que fué el producto de todo un sistema social. De hecho no fué una cosa súbita. Había venido tomando fuerza desde hacía varias generaciones. Se debió a una sistemática negativa para conceder a la gran masa de la población rusa los derechos y privilegios que todos los hombres normales desean ver satisfechos si se quiere, que se den por satisfechos, como que representan la posibilidad de llegar a ser felices. La vida de la gran masa del pueblo ruso no presentaba oportunidades, sino que sólo tenía ante sí barreras contra las cuales se estaban estrellando de continuo los espíritus, para caer heridos y descorazonados. Solamente se toleraba a los poderosos asegurar sus derechos, o tan siquiera ganar la

facultad de obtener el bienestar material.

Debe anotarse como un hecho saliente de nuestros tiempos el de que los líderes de la revolución en Rusia dirigieron todos sus ataques contra el «Capitalismo». Fué el capitalismo el que les hizo ver lo todo rojo, y fué contra el capitalismo, bajo uno u otro nombre, contra el que las clases descontentas formularon su acusación indirecta.

Hay en el mundo entero personas de reconocida capacidad y competencia que juzgan, basándose al parecer en razones incontrovertibles, que el sistema que llamamos capitalista es indispensable para el apoyo de la industria y para el desenvolvimiento de la civilización moderna. Y sin embargo, las personas que tienen un conocimiento inteligente de los orígenes sociales necesitan saber que las reacciones inmensas y de carácter general, como la que incuestionablemente se está registrando contra el capitalismo, no ocurren sin que haya mediado causa o provocación, y antes de que asumamos una actitud hostilmente irreconciliable contra ese movimiento, debemos plantearnos francamente estas preguntas: ¿Es el sistema capitalista inatacable? O lo que equivalé a lo mismo: ¿Los capitalistas, en general, han empleado su poder en beneficio de los países en los que se encuentra invertido su capital, y en beneficio de sus semejantes? ¿No es, por el contrario, demasiado cierto que los capitalistas, muy frecuentemente, parecen haber considerado a los hombres de quienes se sirven, como meros instrumentos de alcanzar utilidades y a los que se podía explotar con el menor costo posible, en dinero o en simpatías? ¿Acaso no es verdad que muchos hombres de elevados principios en todos los ramos de las relaciones sociales han parecido creer que la generosidad y el sentimiento humanitario no debían figurar entre los mandatos imperativos de la conciencia para diri-

gir los negocios, o para el desarrollo de una empresa industrial o comercial?

Y si se han podido observar estas ofensas contra la más alta moralidad y contra los verdaderos principios de ciudadanía, ¿debemos acaso decir que la culpa por el presente descontento y por las actuales turbulencias corresponde tan sólo a quienes se rebelan contra semejante estado de cosas? ¿No es preferible que busquemos una forma de eliminar esas ofensas y de hacer la vida limpia y tolerable para aquellos que deseamos que honorable y limpiamente participen en ella?

El mundo se encuentra ya asegurado para la democracia. Ya no necesitamos concebir temores de que un propósito como el que abrigaron los ignorantes e insolentes Hohenzollerns y sus consejeros, llegue a verse realizado. Pero la democracia no ha asegurado todavía al mundo contra la revolución irracional. Esa suprema misión, que equivale a nada menos que a la salvación de la civilización, se encuentra actualmente en forma muy imperativa e insistente ante la democracia. No puede eludirse, a menos que consintamos en que caiga en ruinas todo cuanto hasta el presente hemos conseguido levantar, y esa misión deben asumirla los Estados Unidos, como la más grande de todas las democracias.

El camino que ha de apartarnos de la revolución se encuentra claramente marcado, porque lo define la naturaleza misma de los hombres y de la sociedad organizada. Nos corresponde, por consiguiente, la misión de estudiar, con mucho cuidado y con mucha sinceridad, la naturaleza exacta de la empresa y los medios que deben emplearse para su realización. La naturaleza de los hombres y de la sociedad organizada nos dicta para mantener en todos los campos de acción las normas más elevadas y más puras de la justicia y del derecho, así como sus formas más eficaces de pensamiento esencial sobre asunto de carácter tan crítico. No debemos abrigar un concepto muy estrecho o muy técnico de la justicia. Por justicia, el jurista, en general, entiende la aplicación pronta, imparcial y franca de reglas generales. Pero llamamos cristiana a nuestra ci-